

- Diseño del Encuentro
- Ponencias

---

*PRIMER ENCUENTRO DE REFLEXIÓN TEOLÓGICA (ENRETE)*

# “SANTIFICACIÓN Y CULPA”

Valparaíso, 08 de Diciembre de 2000

## *DISEÑO DEL ENCUENTRO*

### **1. JUSTIFICACIÓN**

Dentro de los objetivos estratégicos del Proyecto Institucional del IBL, en el área de Relaciones Públicas, se propuso “*Promover a la reflexión teológica, llamando a concilios o foros anuales*”.

En ese sentido se ha visto la necesidad de convocar un Primer Encuentro de Reflexión Teológica, a fin de propiciar espacios de reflexión, intercambio de experiencias y definiciones desde las Escrituras, que orienten hacia el desarrollo de la Iglesia. En constante diálogo con la praxis, el contexto y la cultura.

### **2. OBJETIVOS**

#### 2.1. Generales

- A. Aportar a la sistematización teológica permanente que surja de la postura bíblica-luterana en diálogo con la experiencia pastoral-congregacional.
- B. Profundizar y enriquecer el trabajo congregacional desde la reflexión hacia líneas de acción.
- C. Fortalecer la interacción de los miembros de las congregaciones de la IELCHI en la unión como cuerpo de Cristo.

#### 2.2. Específicos

- A. Compartir el trabajo renovador que se hace en las congregaciones partiendo de la doctrina fundamental de la Justificación por la Fe, la Santificación y su relación con la Palabra y los Sacramentos.
- B. Profundizar mediante el compartir de ponencias, reacciones, experiencias y debates, líneas de acción-reflexión dentro de las áreas bíblica, teológica, pastoral y pedagógica de la Santificación en relación con la Culpa, orientando todos esos insumos hacia una praxis comunitaria e inclusiva.

- C. Sistematizar y socializar las experiencias e insumos de este encuentro a través de una publicación.
- D. Dar espacios al relacionamiento entre los participantes, a fin de propiciar un clima cálido y fortalecer los lazos de hermandad.

### 3. METODOLOGÍA

Trabajaremos durante un día a fin de alcanzar los objetivos propuestos; los mismos estarán mediatizados por disertaciones, reacciones, reflexión en grupos, espacios de camaradería, un plenario y elaboración de un documento.

### 4. HORARIO DE TRABAJO

HORA	ACTIVIDAD	ENCARGADO/A
08:30 hs	Recepción - Entrega de Carpetas	
09:00 hs	Primera Ponencia: <i>“Teología de la Santificación y su relación en el trabajo congregacional”</i> .	Rvdo. Carlos Oscar Schumann
10:00 hs	Reacción	Dr. Reynaldo Leonardo Valdéz Gimenez
10:30 hs	Merienda	
11:00 hs	Reflexión en Grupos	Los Moderadores
12:00 hs	Hora de Compartir	
12:30 hs	Almuerzo a la Canasta	
13:30 hs	Dinámica de Grupo	
13:45 hs	Segunda Ponencia: <i>“La Culpa, desde la perspectiva cultural, filosófica y psicológica”</i> <i>“La Culpa, desde la perspectiva teológica-luterana”</i> .	Lic. Ricardo Demetrio Montalva Sagredo Rvdo. Rolando Holtz
15:00 hs	Reacción	Lic. Judith Rabuco Madera
16:00 hs	Merienda	
16:30 hs	Reflexión en Grupos	Los Moderadores
17:30 hs	Plenario	
18:00 hs	Conclusiones del Evento Documento Final	Grupo de Sistematización
18:30 hs	Devoción Clausura	Raúl y Ana Luisa (Belloto)

### 5. REQUISITOS DE PARTICIPACIÓN

- 5.1. Ser parte de una congregación cristiana.
- 5.2. Tener un espíritu abierto y sincero, para plantear inquietudes y experiencias personales.
- 5.3. Tener una aptitud adecuada para confraternizar y relacionarse con los hermanos en la fe.

### 6. COMISIONES DE TRABAJO

- 6.1. Los disertantes y reactores serán:

- Carlos Oscar Schumann: “Teología de la Santificación y su relación en el trabajo congregacional”. Reactor: Leo Valdez.
- Ricardo Demetrio Montalva Sagredo: “La Culpa, desde la perspectiva cultural, filosófica y psicológica”.
- Rolando Holtz: “La Culpa, desde la perspectiva teológica-luterana”. Reactora a ambas ponencias: Judith Rabuco Madera.

6.2. Los moderadores de los Grupos de Reflexión serán:

- Grupo 1: María Eugenia Rautenberg
- Grupo 2: Alejandro Daniel López Verdugo
- Grupo 3: Nora Elisa Villavicencio Varela
- Grupo 4: Jorge Rodrigo Durán López
- Grupo 5: Alberto Andrés Calderón López
- Grupo 6: Emanuel Ivan Martínez Gallardo

6.3. La Comisión de Sistematización estará conformada por:

- Eduardo Patricio Segura Arce
- Rvdo. Cristian Eldor Rautenberg
- Carlos Patricio Rojas Cuevas
- Marianela Del Carmen Bravo Oyarzún

6.4. Logística - IBL

## 7. LUGAR Y FECHA

Este evento tendrá lugar el viernes 08 de noviembre de 2000, en las instalaciones del Colegio Luterano “Concordia” de Valparaíso (Los Pellines 71 - Playa Ancha - Valparaíso), comenzando puntualmente a las 9 hs. con la primera disertación.

[\(Arriba\)](#)

## Instituto Bíblico Luterano

Estas fueron las Ponencias de esta reunión (Es necesario aclarar que no fueron escritas con el fin de publicarlas, sino de presentarlas ese día):

- [\*Teología de la Santificación y su relación en el Trabajo Congregacional\*](#)
- [\*Aproximación a la Teoría de la Culpa\*](#)
- [\*La Culpa desde la perspectiva Teológica Luterana\*](#)

[\(Arriba\)](#)

# *Teología de la Santificación y su relación en el Trabajo Congregacional*

*(Pastor Carlos Schumann)*

Presentación: Teología y trabajo (práctica) son dos palabras que aparentan orientar la reflexión en sentidos distintos. A la teología la relacionamos con la organización sistemática de las doctrinas bíblicas, con la claridad en el fundamento y la exposición. La relacionamos con lo académico y con un grupo de personas determinado, sean estos pastores, profesores o teólogos. Por otro lado, al trabajo inequívocamente lo relacionamos con acción y práctica, con la dinámica de lo cotidiano. Sin embargo al buscar determinar la relación existente, tanto en causa como efecto, de la teología de la santificación en el trabajo congregacional, ponemos implícitamente de manifiesto que toda teología determina y orienta una práctica, siendo más ajustada esta definición a lo que a grupo eclesial se refiere, ya que en las personas podemos encontrar variables que pueden jugar a favor en contra de que esto sea efectivo. Y es tal vez, en el tema de la santificación, donde encontremos mayores dificultades ya sea en la comprensión del aspecto doctrinal como en la práctica o, en ambas. Y a que esto sea así contribuyen efectivamente nuestro propio ser o naturaleza y el mismo contexto actual.

Es por eso que deseo efectuar la presentación del tema de la santificación dentro del contexto de la faz práctica y plantear desde allí los distintos aspectos doctrinales involucrados en dicha teología. El presente trabajo tiene por finalidad consolar y animar a través de esta doctrina a todos aquellos que creen en nuestro Señor Jesús.

## **DEFINICIONES**

Para comenzar dejaré establecidas dos verdades bíblicas sobre las cuales se sustenta la doctrina de la santificación:

1. Dios, al momento de justificar al hombre (declararlo justo por medio de la fe), le **imputa (acredita)** justicia y santidad (méritos que le pertenecen a Jesús) completa y perfecta. Romanos 4: 1-13; 20-25.
2. En el justificado es **Dios** quien **produce** tanto el querer como el hacer por su buena voluntad. Filipenses 2:13

Conforme a estos puntos queda establecido que:

\* Dios es el autor y precursor de la salvación, santidad y la santificación en el ser humano, no dejando espacio alguno para la intervención cooperativa del hombre, ni antes de ser convertido (justificado), ni después, cuando ya es cristiano.

\* Todas las demandas de santidad hechas por Dios, antes de creer y después de creer, han sido satisfechas plenamente por Jesús, por lo que Él es nuestra justicia. Jeremías 23:6

\* Dios es el creador y promotor en el creyente de una **nueva voluntad** en concordancia con su **buena voluntad**, voluntad, que sin la presencia e intervención de Dios no existía ni existe.

\* El hombre necesita a Dios como causa de su santidad y como efecto en su santificación por lo que queda demostrado que en su naturaleza, esto es, por sí mismo, es totalmente incapaz de alguna acción volitiva y hasta mecánica de acercamiento y permanencia a y en Dios. Por lo tanto su naturaleza es totalmente corrupta y, en consecuencia, opuesta a Dios. Romanos 3:10-18.

Aunque estos puntos estén claramente explicitados en las Escrituras dejan espacio, sin embargo, para la elaboración de una pregunta fundamental:

¿Cómo se verifica (ver, darse cuenta, constatar) esa producción del querer y hacer de Dios en el creyente?

Esta pregunta ha sido y es motivo de debate en las iglesias y su respuesta la considero determinante para la vida del creyente y la iglesia.

## FUENTE DE CONFLICTOS

En verdad la santificación estuvo ligada a la mayoría de los grandes conflictos dentro de la cristiandad. También las grandes controversias cristológicas del cuarto siglo estuvieron relacionadas con la santificación. Atanasio fue el que defendió la humanidad y divinidad plena de Cristo contra la herejía arriana. Sin embargo no estaba preocupado solamente por la persona de Cristo; su preocupación era saber qué sucedía con una persona cuando esta llegaba a conocer a Cristo. El punto principal de Atanasio era que Dios viene a nosotros a través de Jesucristo, para restaurarnos a una imagen divina más gloriosa que aquella de la cual caímos. Es la imagen de Cristo que reflejamos, como un espejo refleja la imagen de aquel que se coloca delante de él. De esta manera, solo en la medida en que Cristo es Dios en toda su plenitud, es que podemos ser restaurados a la imagen divina al conocerlo a él.

El conflicto de la Reforma también involucraba el tema de la santificación. Contrario a la enseñanza Católica de que Dios **confiere** santidad, Lutero enseñó que Dios por causa de Cristo **imputa** santidad al pecador.

Entre los propios protestantes la santificación continúa siendo una fuente de conflictos. Mientras que el protestantismo ortodoxo acentúa la teología del acto redentor de Dios, otros grupos destacan el efecto de esa redención en el creyente. Ellos acentúan principalmente aquello que Cristo ha hecho **en** nosotros y lo que deberíamos hacer por Él, en vez de lo que Él ha hecho **por** nosotros.

John Wesley intentó preservar esta distinción entre santificación y justificación haciendo de la justificación el primer acto de gracia, y de la santificación el segundo. Hoy los grupos de santidad continúan con esa enseñanza. Después de la experiencia de la conversión, el creyente aguarda con anticipación la segunda experiencia, a través de la cual vuelve enteramente santificado.

Contrario a Lutero, Calvino acentuaba la santificación. En realidad, su preocupación por una vida correcta lo expuso a la crítica. Para Calvino, la santificación se centraba en el esfuerzo de la voluntad para seguir las leyes de Dios. Él enfatizaba la autodisciplina,

particularmente con relación a los deseos sensuales, para alcanzar la rectitud. Sus exhortaciones para luchar y el esfuerzo prepararon el camino para un legalismo que ha caracterizado, a veces, el movimiento calvinista. Debido a que los oponentes de Calvino lo acusaban de legalista y los de Lutero de no tomar en debida cuenta a la ley (antinomismo), el problema de la santificación seguía siendo un punto de encendido debate entre los grupos del protestantismo. Sin embargo, Lutero luchó contra los antinomistas de su tiempo, y Calvino escribió una de las definiciones más claras de la libertad cristiana de la ley en su obra *Institutio*.

## COMPLICACIONES ACTUALES

La actualidad de los problemas históricos concernientes a la santificación nos afectan hoy en día trayendo sus complicaciones. Nuestra época está caracterizada por la administración. Las sedes administrativas de las denominaciones son equipadas con encargados, delegados, asociados y asistentes en los diversos departamentos y áreas. Cada encargado está obligado a confeccionar un programa. Después de investigaciones y estudios apropiados, se esboza un programa que supuestamente producirá resultados. Naturalmente estos resultados deben ser concretos para que sean percibidos. Visto que los resultados en el área del Espíritu son por lo general impalpables antes que concretos, esta ansia por lo concreto puede fácilmente distorsionar el significado de santificación.

Por ejemplo: una determinada denominación produce un programa para mayor crecimiento espiritual. Sus objetivos y propósitos son obviamente excelentes. Mas la dificultad consiste en cómo medir este crecimiento espiritual. Para solucionar esta dificultad, la denominación elabora un cuestionario de auto-evaluación en relación con actividades tales como: fidelidad en la oración diaria, lectura bíblica, frecuencia de asistencia a cultos, frecuencia de participación en la Santa Cena, trabajo comunitario, contribución proporcional. A pesar de que la intención era otra, resultó lo que **tenía que** resultar, es decir todo lo contrario, la creación de una serie protestante de obras eclesiásticamente aprobadas, por medio de la cual los más santificados podían ser reconocidos. El fariseísmo, irónicamente, está en primer lugar preocupado en preservar las leyes y costumbres religiosas.

Desde un punto de vista práctico, hay algunas ventajas en tener una congregación de fariseos. Qué pastor no se alegra por tener una iglesia en la cual los miembros participan en los cultos regularmente, dan contribuciones proporcionalmente a lo que ganan, realizan devociones familiares, trabajan asiduamente en las áreas y comisiones de la iglesia y se abstienen de cosas mundanas como blasfemia, adulterio y embriaguez. Él podría fácilmente considerar tal unanimidad como confirmación de que es un buen pastor, o por lo menos un pastor con éxito. El hecho de que tales personas, no obstante tener sus hábitos refinados, puedan estar lejos del Espíritu de Cristo como los fariseos primitivos, no es algo que fácilmente pueda ser dejado de lado. Ellas parecen buenas, y en nuestra época administrativa podemos con mucha rapidez quedar aferrados a esa apariencia impresionados con ella.

La necesidad de progreso es nuestra expresión cultural del antiguo deseo de perfección. Los perfeccionistas en la iglesia han ejercido influencia en la historia de la santificación. Sin embargo la tendencia al perfeccionismo significa más que un credo o un movimiento sectario. Encierra el deseo humano universal de obtener todas las cosas ya listas – de “haber alcanzado” – de estar seguro del progreso.

Al verificar este aparente “progreso” en el ámbito de la santificación estamos satisfaciendo también otra necesidad, a saber: la necesidad de seguridad. Mayormente esta

necesidad se satisface a través de la vista. El discípulo Tomás es un buen ejemplo de esto al buscar constatar visualmente la resurrección de Jesús comunicada oportunamente por sus pares. En casos así, el creyente busca tener la seguridad de estar en el camino correcto y pertenecer a Cristo por medio de su vida piadosa. El legalismo halla terreno fértil en este contexto ya que establece aquellas obras éticas y moralmente reconocidas dentro de determinado grupo o bien en la sociedad y cuyo cumplimiento genera reconocimiento de pertenencia a Dios y a esa denominación. Cuando esto sucede la persona fundamenta su confianza de la salvación ya no sólo en Cristo sino también en esas manifestaciones externas y, de esa forma, se aparta de la esencia del cristianismo que es la fe, entendida en este caso de la perspectiva de aquello que se cree sin verlo y que se espera sin tenerlo aún. Las manifestaciones exteriores supuestamente cristianas son visibles, no demandan fe y generan mayor seguridad que lo que las promesas de Jesús debieran generar. Las promesas de Jesús requieren fe independientemente de la realidad en la que estemos envueltos. Quienes fundamentan su seguridad en determinados cumplimientos o manifestaciones seguramente caerán duramente y no podrán levantarse cuando caigan en pecado de mayor envergadura. No lograrán soportar ver su “imagen” cristiana destruida, la que era fuente de su seguridad. Podemos notar que esta forma de encarar la santificación transforma en “ídolo” al ego del ser humano envuelto en el ropaje de una vida cristiana socialmente aceptable. Asimismo podemos percibir como la persona va cambiando su fuente de seguridad de Dios hacia él mismo. Ante esto podemos razonar diciendo que, si Dios es santo y fuente de toda santidad no se encuentra sentido en una teología de la santificación que aleje la confianza del hombre en Dios, separándolo de Él. Suponemos que cuanto más cerca de la fuente nos encontremos, más posibilidades tendremos, de ser influenciados por ella. Por lo tanto podemos concluir que cuanto más dependientes seamos de Dios más lo necesitaremos, más nos acercaremos, más nos comunicaremos y mejor nos Él podrá hacer en nosotros su voluntad. Pero para poder llegar a vivir en esta dependencia debemos tener en cuenta algunos otros aspectos importantes como ser: el pecado.

## SER O TENER

Debemos reconocer que el “éxito” o no de este afán progresista y de seguridad contempla mayormente una “visión” acerca de lo que es el pecado y cual es su peso e influencia en la conducta humana. Un principio orientador sobre el tema surge cuando definimos si el hombre en realidad **tiene** pecado o es pecador.

**Tener pecado** puede significar en algún momento no tenerlo. Es como cuando se tiene una enfermedad, con el tratamiento adecuado se puede dejar de tenerla. Esto presenta al pecado como algo que puede ser dejado ejecutando las acciones correctas contrarias a las pecaminosas. Coloca al pecado fuera del hombre. Muchas veces se toma a Dios y su Gracia como los ayudantes perfectos para lograr tener menos pecado. En este caso, la definición del hombre pecador estaría determinada a partir de sus acciones hacia su persona. Esta forma de ver el pecado la vemos promovida a través de la doctrina acerca del bautismo sustentada por la Iglesia Católica Romana, la cual afirma que el pecado original es **borrado** por el acto bautismal, dejando así al pecado un rol de accidente adhesivo a la persona humana del cual se puede evitar o dejar por medio de una vida piadosa. Asimismo esto permite desarrollar una teología acerca de la salvación por obras, abriendo además el camino para las beatificaciones y canonizaciones de aquellos que lograron despojarse de manera efectiva del pecado que los asediaba o tenían.

**Ser pecador**, sin embargo, implica asumir el hecho de lo que se es en esencia, para lo cual no hay otro antídoto que el cambio de esencia y para ello, en el caso del ser humano, es

necesario morir (la paga del pecado es muerte) y, tener la capacidad de “armarse” de una nueva (resucitarse a sí mismo) El pecado es esencial al hombre no desde su creación (Génesis 1:27) sino a partir de su caída donde ya nace a imagen y semejanza de hombre. (Génesis 5:1-3) Esto queda bien establecido en nuestra doctrina acerca del bautismo donde se cree y enseña que el bautismo no borra el pecado original sino que lo perdona y borra la culpa. Una diferencia sutil pero determinante. El ser humano cristiano o no, es y será siempre, hasta su muerte, pecador.

Otra consideración importante acerca del pecado es determinar si este es **debilidad** o **rebeldía** en el hombre.

La descripción de la Caída, en Génesis, obviamente ve al pecado como la rebelión del hombre contra Dios; como tal posee una dimensión tanto religiosa como moral. No es simplemente contrario a la voluntad de Dios; es una usurpación del lugar de Dios en la vida humana. "Seréis como Dios, conociendo el bien y el mal" (Gn. 3:5).

Desde la perspectiva de la santificación, estamos mas interesados en cómo sucede que una persona peca que en cualquier definición abstracta de pecado. Desde este punto de vista nos es importante saber si caemos en pecado debido a la debilidad o a la rebeldía - si es debido a una cuestión de limitación humana o de rebelión demoníaca. Esa pregunta nos enfrenta con la naturaleza paradójica del pecado original

¿Realmente participamos en el pecado por un acto de nuestra voluntad, o es nuestra voluntad vencida por las limitaciones de la existencia humana? . La respuesta a esta pregunta es fundamental en cualquier intento por superar el pecado.

Tomás de Aquino enseñó que, antes que alguien pueda ser culpable de pecar, debe tener la libertad para actuar e inteligencia para reconocer las realidades de la situación. En otras palabras, una persona tendría que estar consciente de lo que elige y tener la libertad para poder elegir. Basado en esta suposición, los escolásticos elaboraron sus grados claramente definidos de pecado y categorías racionales de responsabilidad. El método parece razonable. Una falta de libertad implica una predestinación dominante de cualquier origen. Una falta de inteligencia implica la ausencia de cualquier percepción consciente. Infelizmente, los escolásticos, como la mayoría de los racionalistas, ignoraron la complejidad de la naturaleza humana y fallaron en no reconocer las capacidades de la razón para generar explicaciones aparentemente racionales para los actos y actitudes. Las ciencias que estudian la personalidad tuvieron que usar medios modernos para anexar la dimensión de la psicología profunda a los **principios tomistas**.

No podemos determinar la libertad de la persona o su percepción consciente con base en cualquier momento o actividad en sí misma. Decisiones que un individuo tomó en el pasado pueden llevar a la pérdida de libertad en el presente. También el ceder a la tentación sucede, muchas veces, por medio del autoengaño. La historia de la tentación original es una evidencia de esto. Provocando dudas en cuanto a sus razones de no comer de la fruta prohibida y dándole razones de sobra por las cuales debería comérsela, el tentador logró que Eva limitara su pensamiento a aquello que obtendría, y dejara de lado la advertencia referente a lo que perdería. Sin embargo, él puede hacer esto solamente porque ella deseaba comer la fruta. Este malabarismo con los hechos es necesario para anestesiar nuestra conciencia, para que la actividad deseada, con relación a la cual tenemos conflictos, pueda parecer más inocente. Cambiamos el enfoque para reducir la percepción consciente, para poder evitar el

juicio de nuestra conciencia; mas detrás del engaño está la intención de engañar y ser engañado.

Lo antes dicho nos lleva a la hipótesis de que todo pecado es esencialmente intencional.

Por detrás de la aparente impotencia de la voluntad se oculta la realidad de la existencia de otra voluntad opuesta a la primera. Lo que aparenta ser una debilidad mental es en realidad una dualidad de la mente. Pecado es una posición, no una negación. Es una manifestación de fuerza, y no de debilidad; de decisión, en vez de indecisión. Tan profundo es el hecho de que el pecado es una posición y no una negación, que está más allá de la capacidad del pecador comprender el pecado. Si pudiera comprenderlo, estaría sobre él. Mas es una posición en la cual no se puede estar sobre, sino más bien, se está dentro de ella.

Aún hasta el pecado de omisión es una afirmación positiva. Antes de ser mas bien una cuestión de descuido o de debilidad, es una de resistencia. Es la misma rebeldía en acción que se da en el pecado de comisión. Es la "carne" en oposición a las propuestas de Dios. El estado del hombre no es solamente consecuencia de sus debilidades y limitaciones, sino también el resultado de su libertad, la de su voluntad de hacer el mal.

Pero... ¿Es justo atribuirle toda resistencia al Espíritu de Dios a la arbitrariedad humana? ¿No hay algo como estar sometido a las propias limitaciones naturales humanas? . Jesús parece haber pensado de esa forma, cuando advertía a sus discípulos sobre las pruebas que pronto les sobrevendrían "El espíritu, a la verdad está pronto, mas la carne es débil" (Mt. 26:41) Aquí, carne es más identificada con debilidad que con intencionalidad. Ella constituye nuestras facultades naturales para ejecutar las intenciones de nuestro espíritu, y la debilidad de la carne está en su sujeción al orden natural de la existencia sensorial y temporal. Somos dependientes de la experiencia sensorial. Las experiencias comunes de la fatiga, la enfermedad, el dolor y del hambre, que compartimos con el mundo animal, pueden ser obstáculos tremendos para la ejecución de las intenciones del espíritu.

Hubo precisamente circunstancias como estas por detrás de la advertencia de Jesús a sus discípulos. No tenemos razón para dudar de la sinceridad de los discípulos, cuando dijeron que deseaban permanecer fieles a él. Esta fuera de la intención de sus espíritus. Mas Jesús sabía que este deseo encontraría una fuerte resistencia a causa de la presión que sería ejercida sobre la "carne" de ellos. En el momento en que Jesús fue apresado hubo una amenaza repentina y abrumadora a la propia supervivencia de ellos. Su respuesta fue el miedo - miedo de lo que podría sucederles a ellos, como entidades separadas en un mundo material, espacial, temporal y sensorial. El miedo de la muerte es una expresión de nuestra trascendencia sobre la vida animal; es también una tentación para pecar. La respuesta instintiva a tales estímulos es la autoprotección - en este caso, alejarse del peligro.

Si bien la debilidad de la carne puede ser atenuante en determinadas situaciones ella viene acompañada de rebeldía, especialmente cuando se intenta colocarla como atenuante.

En virtud de ser criaturas y al mismo tiempo creadores de nuestra carne débil, la **esencia** del pecado no está en la carne como debilidad, sino en la carne como rebeldía. Aún aquellos que son rebeldes contra Dios son, muchas veces, capaces de subyugar la debilidad de la carne al ejecutar sus intenciones rebeldes.

Debido a estas conclusiones sobre la naturaleza del pecado, vamos a encarar el pecado no solamente como rebeldía, sino como rebeldía siempre presente contra Dios - la carne que **milita** contra el Espíritu (Gá 5:17) Lutero llamó a esta esencia del pecado concupiscencia. Ella es la corrupción total de la persona en egoísmo, intereses propios y rebelión contra Dios. Somos pecadores en todas nuestras obras. Eclesiastés dice: "No hay hombre justo sobre la tierra, que haga el bien y nunca peque" (7:20) Lutero interpreta esto diciendo: "No hay hombre alguno que no peque cuando hace el bien". En otras palabras, el egoísmo está presente hasta cierto punto, no importa cuanto, en toda buena obra humana.

El egoísmo humano es una rebeldía moldeada conforme a la rebeldía de Satanás. Pecado no es una degeneración a nivel animal, sino un desvío en dirección a lo diabólico.

Pecado, en la peor de sus hipótesis, no es solamente una rebeldía siempre-operante, sino una rebeldía siempre operante bajo la pretensión de conformidad. No son los fríos los más repugnantes al Señor, sino los tibios. Estos son los que intentan evitar las consecuencias de su rebeldía sin dejar de ser hostiles. Su sumisión es una pseudo-sumisión al Espíritu de Dios, porque continúan secretamente ocultándose. Por detrás de su devoción aparente, ellos buscan una mayor ventaja personal y también mantienen abierto el camino de retirada. Están interesados en "perder sus vidas" solamente porque esperan con eso "encontrarla".

Cuando nuestra culpa es tergiversada por el egoísmo, nos preocupamos principalmente con la imagen mental que los otros tienen de nosotros - especialmente las personas importantes en nuestras vidas, incluyendo a Dios. Esta preocupación nos impulsa a buscar primero el mejoramiento de esta imagen mental de nosotros mismos en los otros, en vez del Reino de Dios y su justicia. De esa manera no nos damos cuenta qué significa en toda profundidad el **sola gratia** - que somos recibidos por Dios por gracia inmerecida - principalmente porque este evangelio de **sola gratia** es el **skandalon**, la ofensa al orgullo humano. Siendo que el cristiano también tiene la carne que "milita" contra el Espíritu, el evangelio es una ofensa para él. Su culpa, entonces, es una cuestión de orgullo herido o de abatimiento por no haber alcanzado con éxito esta imagen idealizada de sí mismo, de manera que pudiese "considerarse superior a sí mismo". Su imagen idealizada es realmente una imagen idolatrada.

¿Cómo puede el yo entregarse completamente a Dios, cuando es un yo egocéntrico? ¿Cómo puede la voluntad orgullosa vencer al orgullo? Somos confrontados de lleno con este dilema existencial por lo paradójico del pecado original. Yo soy responsable y, no obstante, incompetente. Estoy comprometido con Dios, a aún así estoy esclavizado a mi propia deificación. Soy llamado por Dios, y predestinado a la rebeldía. Desear el Espíritu Santo es desear ansiosamente la gracia de Dios para superar esta ambivalencia sin salida en mi alma. Lo que somos capaces de hacer tendrá que ser hecho para nosotros, y lo que es hecho para nosotros es lo que seremos capaces de hacer. Desear el Espíritu Santo es desear a Dios por causa del propio Dios - es buscar que él sea glorificado. Tal santificación no sucede fácilmente si es que llega a suceder. En realidad, ella se logra a través del proceso de morir.

## ÁMBITOS DE RELACIÓN

Al entrar Dios en relación efectiva con el ser humano lo hace dentro de determinado ambiente o marco "regidor". Estos ambientes fueron establecidos por el mismo y fuera de ellos no hay una relación posible con Dios. Ellos son la Gracia, el Amor y la Libertad.

Fuimos puestos bajo la **gracia** de Dios por medio de la fe en Jesucristo (Romanos 5:2) a través del cual Dios nos imputa justicia y santidad perfectas. El hombre natural, es decir, aquel que no cree en Dios está bajo el ambiente de su **ira** (Juan 3:36) Es la aceptación incondicional de Dios del pecador lo que posibilita una relación entre la santidad absoluta de Dios y la dualidad de justo y pecador del ser humano creyente. Esta disposición perdonadora y por lo tanto salvadora de Dios, respaldada con sus seguras promesas, son el elemento motivador y sustentador de la santificación. Aunque curiosamente es por causa de la santificación mal entendida que el hombre puede caer fuera de este ambiente. En Gálatas 5:4 leemos como el apóstol Pablo advierte que de Cristo se han desligado y caído de la gracia, los que por la ley se quieren justificar. Curiosamente el legalismo estructurado para demostrar la comunión más plena con Dios es aquél que puede dejarlo fuera de ella. La propuesta de gracia de Dios no es opcional sino que la única posible. Es bajo este ambiente en que el arrepentimiento y perdón tiene sentido y son efectivos. El perdón del pecado no es el requisito previo para la victoria sobre el pecado; el perdón **es** la victoria sobre el pecado - y la justificación es efectuada por el perdón. La experiencia de la justificación santifica. Como el perdón es concedido en el pacto bautismal y renovada con cada expresión de arrepentimiento, así también la justificación se da en el pacto bautismal y es renovada en cada reafirmación del perdón. El bautismo, por lo tanto, es reavivado repetidamente. Existencialmente, somos redimidos siendo sepultados con Cristo en lo que respecta al viejo hombre y siendo resucitados con El en lo que respecta al nuevo hombre, y nuestro crecimiento en esta redención sucede a través de este mismo proceso. La ley derriba al viejo hombre para que el evangelio pueda construir al nuevo hombre. La causa por la cual existe la vida cristiana es también la causa por la cual ella se desarrolla.

En vista de que la experiencia justificante es también la experiencia santificante, el acercamiento pastoral para el redimido y para el no redimido es esencialmente el mismo. Cualquier método que haga a la persona abrirse a la justificación por el Espíritu, también la hará abrirse a la santificación por el Espíritu. Un cuidado pastoral que en su acercamiento hace diferencia entre redimido y no redimido comete el error teológico de que el crecimiento espiritual ocurre después del perdón y no a través de él. Aunque haya, evidentemente, una diferencia entre el redimido y el no redimido - aunque sea una diferencia final - no nos compete a nosotros hacer esta distinción. Ni siquiera es una distinción que aparta al individuo de la situación del hombre común. A la vez que los redimidos tienen el Espíritu, también tienen la carne. Aunque el conflicto esté distorsionado en los no redimidos, aún es semejante al conflicto en los redimidos - y el remedio para este conflicto es el mismo para ambos. Los redimidos necesitan del perdón como también los no redimidos. Ellos también son ofendidos por el evangelio. Este evangelio, que convierte a los no redimidos, sigue convirtiendo a los redimidos - así como la ley, que condena a la carne en los no redimidos, también la condena en los redimidos. El mismo perdón, que reconcilia a los no redimidos con Dios, renueva esta reconciliación en los redimidos. Por mas que esto pueda ofender a nuestra necesidad de ver progresos, permanece el hecho de que el camino del crecimiento va por la crucifixión y resurrección - por arrepentimiento y perdón.

Si hiciéramos el intento de diferenciar a los redimidos por la forma en como hablan y actúan, perpetuaremos la división entre el fariseo y el publicano. Aquellos que son clasificados como redimidos pueden hasta reconocer que necesitan de perdón, pero, ciertamente, en menor medida que los publicanos. Sin embargo, fue el publicano quien, según dijo Jesús, descendió a su casa justificado. Aquellos que así piensan no podrían aplicarse el ejemplo del publicano porque están tan no redimidos como el fariseo. El golpearse el pecho del publicano y su clamor: "Dios, ten misericordia de mí, pecador", son indicios de su crucifixión. El ir para su casa justificado es una expresión de su resurrección.

El camino del publicano es el camino para entrar y para continuar en el reino de Dios - el camino de la justificación para el pecador es el camino de la santificación para el santo.

La gracia de Dios es redentora porque Él toma en serio lo inaceptable. El se interesa. Su gracia no es una gracia barata, que fácilmente se deshace con el pecado. Tal perdón sería momentáneo. Una alianza basada en Él sería mas bien un tratado de ideas que una relación entre personas. No nos envolvería lo suficiente como para provocar una respuesta. Infelizmente, nuestra ansia de proclamar el evangelio nos lleva, muchas veces, a proclamarlo de manera tan indulgente, que el oyente bien podría razonar: ¿"Continuaremos en el pecado para que la gracia abunde?" Esta es siempre la reacción cuando la gracia es barateada por la indulgencia.

Dios hace más que otorgar un favor al conceder el perdón. Por causa de la seriedad del dilema humano, Él tenía que identificarse a sí mismo con esta situación. El comparte nuestra suerte, siendo el sacrificio por el pecado. Llevando sobre sí nuestro pecado, nos posibilitó llevar sobre nosotros su justicia. Por su encarnación se humilló a sí mismo para ser a semejanza de los hombres. Por nuestra causa se tornó no solamente un hombre, sino también siervo de los hombres. Aquel que no tenía pecado fue hecho pecado por nosotros, para que, de esa manera, nosotros pudiésemos recibir de El la justicia de su sacrificio. Su justicia, sostenida hasta en el sufrimiento de la cruz, donde exclamó: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me desamparaste?", llevó hasta el límite una obediencia que experimentó la muerte - muerte espiritual - por toda la humanidad. Aquí estaba la expiación. El Hijo del Hombre se identificó con la agonía existencial del abandono. Jesús la **sintió** - olvidado por Dios y rechazado por el hombre - en el tormento del dolor.

Confrontados con tal demostración de preocupación divina, ciertamente no podemos permanecer inmóviles. El amor demostrado en el sacrificio y sufrimiento provoca una respuesta, que si no es gratitud, al menos es culpa. Mas la respuesta evocada no es un sustituto para la justicia de Cristo, sino un resultado de ella. La redención es más que una concesión de perdón - es concesión de justicia. El perdón elimina la barrera del mal. Pero es necesario más que la remoción del mal. Así como el Hijo del Hombre se hizo pecado por nosotros, así también se hizo nuestra justicia. Donde el primer Adán sucumbió al tentador, el nuevo Adán triunfó, y por su triunfo estableció una nueva justicia para la humanidad. Aunque tentado en todos los sentidos, como nosotros lo somos, Él salió victorioso - aunque por medio de la angustia y el dolor.

La gracia de Dios en Cristo es altamente relevante para las luchas que enfrentamos en la vida. Si hay algo que realmente necesitamos en estas luchas es la plena certeza de que somos amados incondicionalmente, de que este amor no depende del resultado de la lucha. La concesión de la justicia de Cristo es la evidencia, no tan sólo de que Dios toma en serio el pecado, sino de que también nos ama incondicionalmente. Tenían que ser respetadas las condiciones. La ley tenía que ser cumplida. De lo contrario, la vida no podría ser tomada en serio, ella no podría tener sentido real. La obediencia no es solamente recomendada, es exigida. El perdón es **una** cosa; el cumplimiento es **otra**. Si rechazamos la ley, rechazamos también cualquier sentido en la vida. En el cumplimiento de la ley, Cristo preservó la seriedad del perdón. El amor de Dios es incondicional, no porque deshace o quita las condiciones, sino porque las cumple.

Todo lo referido hasta aquí nos conduce al ámbito del **amor** como marco de la relación con Dios y la santificación. Es el ámbito de la gracia que le da el lugar al del amor. Dios es amor (1Jn 4:8) El resumen de toda su voluntad es el amor (Mt. 22:37-39) Somos

exhortados a amar en toda la palabra de Dios. Pero para que eso sea una realidad Dios tiene que crear las condiciones. Antes que podamos amar a otro, debemos ser librados de la ansiedad sobre nosotros mismos. Es precisamente lo que produce la imputación de la justicia de Cristo. Nos libera de la ansiedad sobre nuestra propia salvación, de modo que podemos dedicar nuestras energías a la salvación de otros. Una vez que somos justificados a los ojos de Dios en base a la justicia de Cristo, somos libres de la obligación de cualificarnos delante de El por nuestra propia justicia. En el momento en que usamos nuestra propia justicia para obtener el favor de Dios, ella deja de ser justicia. Está corrompida desde la fuente misma por el egocentrismo. En contraste al movimiento centrípeto de la actividad egocéntrica, el movimiento del amor es centrífugo. La doctrina de la imputación permite que nuestra relación con Dios dependa de su justicia estable, y no de nuestra justicia inestable. He aquí la base para la seguridad que hace posible amar. Nos libra del ansia defensiva de encerrarnos en nosotros mismos, de modo que podemos volcarnos hacia afuera, a nuestro prójimo.

A través de toda la historia de la iglesia, hubieron muchas personas que hicieron objeciones a esta doctrina de la imputación de justicia. La principal objeción es que, la imputación de la justicia de Cristo al pecador lo desalienta a que desarrolle su propia justicia. Los de fe católica son perturbados por cualquier doctrina que parezca imputar mas no regenerar. Lo mismo, con seguridad, se puede decir de los evangélicos, que colocan un énfasis acentuado en la santificación. John Wesley, por ejemplo, encaraba esa doctrina como amenaza a su propio énfasis en la santificación. En verdad, la imputación de la justicia mas bien estimula antes que impedir la santificación. Nos proporciona la seguridad que necesitamos antes de buscar cualquier otra cosa que no sean razones egocéntricas. La justicia comienza con la motivación. Nuestras diversas acciones pueden originarse de motivaciones variadas. Sin embargo, solamente la motivación del amor torna una acción justa a los ojos de Dios.

La justicia de Cristo, por lo tanto, es necesaria para la legitimidad de nuestra propia justicia. Cuando nuestra unión con Dios está amenazada por el conflicto siempre presente entre la carne y el Espíritu, la justicia de Cristo mantiene esta unión. Cimentando nuestra justificación en un amor trascendente a nuestro propio bien y mal - por sobre la ley - somos resguardados de todas las distorsiones moralistas de la fe cristiana. Cuando nuestro orgullo da lugar al consuelo de la humildad, experimentamos la paz que emana del saber que Cristo es todo - nuestra justicia, nuestra santificación, nuestra redención.

Así como bajo la gracia sólo una relación de amor es evocada y posible, bajo el amor sólo la **libertad** es posible. Cuando Dios creó al hombre lo creó libre, porque la relación estaba enmarcada en el amor perfecto. Pero para que una relación basada en el amor tenga real valor tiene que dejar abierta la posibilidad de que pueda romperse esa relación. No es posible entender el amor desde la perspectiva de no poder dejar de amar. Si Dios hubiera creado al hombre con la imposibilidad de dejar de amarlo lo habría hecho un autómatas. Por eso el hombre pudo caer en pecado cuando fue tentado por Satanás a comer el fruto prohibido, porque fue creado libre, aunque le fueron dadas las mejores herramientas para poder resistir esa tentación. Con la caída, el ser humano perdió esa libertad y pasó a ser esclavo del pecado. Con la redención obtenidas por Jesús, Dios restaura una parte de esa libertad perdida la cual no es absoluta sino que comparte un espacio con el esclavo del pecado. (Ro. 7:15-24) De esta relación de libertad que Dios propone también se puede caer si nos centramos en una vida perfeccionista, que nos lleve a ignorar o reconocer la gravedad y profundidad de nuestro pecado aún siendo cristianos, lo que nos quitaría la posibilidad de ser honestos con Dios y nosotros mismos. La libertad que Dios promueve es una libertad primeramente para reconocer, con confianza y, sin temor, que somos pecadores y llevar

nuestros pecados ante él. El arrepentimiento diario no sólo es una acción necesaria y saludable para nuestra vida espiritual sino que también es muy inteligente, ya que entrega los pecados a aquel que ha prometido deshacerse de ellos. Es una libertad que nos permite aceptarnos como somos y como Dios nos acepta. Si en nuestra relación con Dios no tuviésemos la posibilidad de dejarlo y, en cierta medida, reafirmar así nuestra individualidad, no habría posibilidad para una relación de amor. Esta situación queda muy bien retratada en la parábola de Jesús en relación con los dos hijos (Mateo 21:28-32) Ante la solicitud del padre para que vayan a trabajar a la viña el primer hijo se negó en primera instancia, pero luego, arrepentido, fue. El otro hijo respondió afirmativamente pero luego no fue. El primer hijo tuvo la libertad de decir no, de asumir su realidad de no tener ganas o la voluntad para cumplir con el encargo. Pero, reflexionando sobre su actitud, se arrepintió y cumplió con la voluntad de su padre. Al tener posibilidad de reafirmar su individualidad, de ser respetado y considerado aún en su negativa, quedó abierta la posibilidad de reconsiderar y cambiar. Este respeto de su libertad permitió que tuviera una relación seria y fuerte con su padre la que prevaleció al momento de tener que decidir con honestidad. El otro hijo no se atrevió a decirle no siendo que en realidad no quería ir. Le dijo que sí y no fue. No se sentía con la libertad para decir no. Su imagen de buen hijo prevaleció sobre su real sentimiento y condición. Esta imagen de sí mismo no soportaría una reprensión de su padre y una acusación de hijo desobediente, lo cual no le permitía tener una relación profunda y seria con su padre. El temor prevaleció por sobre el amor.

Esta libertad, proveniente del amor que, a su vez, proviene de la gracia, no degenera en libertinaje. Para que esto suceda deben primero alterarse o menoscabarse tanto la gracia como el amor. No es posible que, con la finalidad de que no se menoscabe la gracia de Dios transformándola en “gracia barata”, se restrinja la libertad cristiana, antes bien habría que revisar el concepto de gracia que se sustenta. Si Dios actuara de esa manera, él mismo no estaría confiando en el poder transformador y motivador de su gracia y amor. La mejor muestra de que ambas son efectivas es que desembocan en la libertad.

## EL ESFUERZO HUMANO Y LA SANTIFICACIÓN

Teniendo en cuenta los ambientes en los cuales se desenvuelve la relación del Dios con el hombre podemos referirnos al rol del ser humano en la santificación. Para ello debemos preguntarnos primeramente cómo es posible hablar de una iniciativa humana en un evangelio de gracia. Como seres humanos deseamos saber la causa de los hechos, para poder controlar los efectos. En la actuación de la gracia divina en nosotros hay una causa, mas esta causa no es algo que podemos controlar. ¿Acaso puede haber cualquier lugar para el esfuerzo humano en nuestra vida con Dios, cuando en esta vida ambos, causa y efecto, son cuestiones de gracia?

Juzgando con base al tenor general del Nuevo Testamento, la respuesta a nuestra pregunta aparentemente sería sí. Jesús dice: “Sed perfectos”. Y nuevamente: “Buscad primero el reino de Dios”. En la carta a los Hebreos se nos dice que nos esforcemos por la santidad. 1 Juan dice: “Todo aquel que guarda sus mandamientos permanece en él”. En tanto Pablo dice que “Dios es quien efectúa en vosotros tanto el querer como el hacer, según su buena voluntad”, él también dice: “Ocupaos de vuestra salvación con temor y temblor”. Y dice también: “No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal”. El autor del libro de 2 Pedro dice: “Procurad, con diligencia confirmar vuestra vocación y elección”. **Sed, buscad, esforzad, guardad, no reine, procurad**, todos estos términos son imperativos. Ellos desafían la voluntad; apelan al esfuerzo.

El modo más simple de armonizar el esfuerzo humano y la gracia divina es decir que la justificación es un acto solamente de Dios, al paso que la santificación envuelve cooperación del creyente. Mientras que esta respuesta tiene la ventaja de la simplicidad, ella separa justificación y santificación de una manera que es teológica y experimentalmente insostenible. En efecto ella niega la simultaneidad de la justificación y de la regeneración. Esta “solución” se basa en un así llamado “tercer uso de la ley”. El primer uso es dirigido a la preservación de la sociedad humana. El segundo tiene el sentido de volver al hombre humilde y prepararlo para la recepción del evangelio. El tercer uso es una regla de vida, que el cristiano sigue como consecuencia del poder que él tiene como cristiano. ¿Pero acaso, el recurrir a la ley para la santificación no niega la espontaneidad de la obediencia que el evangelio supuestamente evoca del creyente? Algunos dirían que sí y acusarían a los defensores de un tercer uso de la ley como legalistas. Los opositores al tercer uso, por su vez, han sido rotulados de “antinomistas” – esto es, aquellos a los que les gustaría librarse de toda la ley en la proclamación cristiana.

La confusión de la santificación con la justificación constituía una fuente de conflicto teológico de la Reforma. A través de la gracia infusa del sistema sacramental, a los creyentes del catolicismo, supuestamente les era dado poder para hacer buenas obras, que eran meritorias para la salvación. Los reformadores rompieron con este sistema por creer que él negaba la suficiencia de la expiación de Cristo. Es la expiación que justifica, afirmaban, y solamente de esta justificación que alguien ya posee, pueden surgir buenas obras. Sin embargo hasta en las iglesias de la Reforma quedó demostrado ser difícil inspirar al pueblo para una vida piadosa sin hacer de la santificación una calificación oculta para la justificación.

Lutero confiaba en la fórmula “justificación solamente por la fe”. Pero, en contraste con Lutero, cuantas veces ha sido la fe tergiversada en círculos luteranos, pasando a significar algo que alguien evoca dentro de sí mismo como condición meritoria para la salvación. En vez de preocuparse por si ha hecho suficiente cantidad de buenas obras para ser salvo, el creyente se preocupa por tener fe suficiente. Así la fe se transforma en la buena obra, y el esfuerzo humano el medio para obtenerla. Es importante entonces comenzar a hablar justificación por la fe **en Dios solamente**, y no por la fe **en la fe solamente**. Sin embargo ninguna formulación correcta puede garantizar la preservación de la verdad que ella describe. En la realidad, sus adeptos pueden procurar habilitarse para la justificación por esta formulación correcta, que, entonces, se transformaría en el equivalente para la fe.

En su doctrina de la predestinación, Calvino fue un paso más adelante de la justificación por la fe. Si la salvación o la condenación de alguien fueron determinadas desde toda la eternidad, ciertamente no dependen de sus obras hechas durante la vida. De hecho, justamente el fatalismo implicado en la predestinación puede llevar al efecto opuesto, o sea, a un descuido en la práctica de las buenas obras. Para neutralizar este efecto, Calvino acentuó fuertemente el tercer uso de la ley, insistiendo que era igual que el primer uso. Con guardar la ley de Dios, el cristiano no sólo daba evidencia a los otros de que él era uno de los electos de Dios, sino que también se daba seguridad a sí mismo. En otras palabras, la mejor manera de saber que usted es uno de los elegidos es obrar como tal. Esta necesidad de reafirmación respecto a cómo alguien había sido predestinado llevaba también a un énfasis acentuado a las señales del favor divino. Aunque trabajando arduamente en su profesión para glorificar a Dios, el éxito obtenido a través de sus esfuerzos reafirmaba al creyente en la fe de que Dios estaba con él. Por eso Max Webber y otros asociaron el establecimiento y el éxito del capitalismo moderno con el énfasis calvinista en el trabajo – una expresión disimulada de justicia por obras.

Más tarde el movimiento wesleiano trajo otro énfasis en el ámbito del protestantismo, un énfasis en los sentimientos y en el amor. Wesley reforzó la justificación por la fe, al describir la fe como una experiencia calurosa e identificándola en la actividad de amor. Aunque Wesley colocó la fuente de santificación más en el motivo que en el acto de amor, este doble énfasis en el testimonio de la experiencia del Espíritu y no en el fruto tangible del Espíritu llevó a creer que, si alguien se juzgase según estas señales de santificación, correría poco riesgo de engañarse con respecto a sus motivaciones. Una vez que la decepción con la realidad de uno mismo es reducida al mínimo, resta sólo un pequeño paso para la doctrina de la perfección de Wesley.

Un papel más decisivo está reservado al esfuerzo humano a partir del concepto de santificación como respuesta al pacto de Dios con el hombre. En ambos pactos, antiguo y nuevo, Dios es el que efectúa la alianza, y el pueblo de Dios se compromete en lealtad para con ella. Tal compromiso influencia el comportamiento. La relación pactual implica obligación. A los “elegidos” les ha sido dado todo, y, por lo tanto, se espera de ellos que den todo. Como personas comprometidas, hemos destruido nuestros puestos en la retaguardia, y nuestra vida no es propiamente nuestra. El plural “nuestros” no es casualidad. Mientras que el concepto de justificación por la fe tiene una connotación individualista, el concepto de la relación pactual implica un énfasis social. Surgiendo de Israel como pueblo de Dios, destacado en la antigua alianza, la nueva alianza está relacionada con el nuevo Israel, la santa iglesia católica. El concepto pactual no se refiere simplemente al creyente en la relación pactual con Dios, sino al creyente como miembro de un cuerpo de creyentes que están comprometidos juntamente. El grupo soporta e inspira la lealtad del individuo. A pesar de este privilegio, el Antiguo y Nuevo Testamento continuamente contrastan el cumplimiento por parte de Dios de la alianza con la infidelidad del pueblo de Dios en cuanto a las responsabilidades de ellos.

Como mediadores de la nueva alianza entre Dios y su pueblo, los sacramentos de la iglesia ilustran este compromiso recíproco. El bautismo es una señal y un medio para concesión de la gracia de Dios. Como receptor de esta gracia aquel que está bautizado se compromete con Dios (en la presencia del cuerpo de creyentes). En el caso de un niño, sus padres o padrinos declaran las obligaciones pactuales del niño en lugar de él. En la Santa Cena, el pan y el vino son señales y medios de darse Dios a sí mismo. Los receptores, a su vez, se ofrecen a Dios. El compromiso está dado en la declaración de la intención del participante de enderezar sus veredas pecaminosas en la confesión preparatoria, y por el propio acto de reunirse con sus compañeros participantes en la celebración del sacramento. Estimulados por el acto de sacrificio del propio Dios, los participantes “presentan los (sus) cuerpos como sacrificio vivo” (Ro 12.1).

Pero debemos reconocer que cuando colocamos el énfasis en el papel del esfuerzo humano en la santificación, hay generalmente un énfasis correspondiente en programas de santificación. En tales programas está inherente el peligro de desviar el foco de Dios que santifica para la actividad de aquel que está siendo santificado.

El énfasis en la conducta o actividad ascéticas es tan común entre las religiones no cristianas, y es, probable, que produzca una caricatura de perfección cristiana como el estado real. Al volverse estereotipo, cualquier programa deja de ser del Espíritu, y más se vuelve para la carne, esto es, él se transforma en una forma elevada de aspiración de realizaciones humanas. Ya que los ejercicios físicos dan como resultado músculos más fuertes, los ejercicios espirituales deberían también resultar en espíritus más vigorosos. Tal vez sea el caso. Pero un espíritu vigoroso y un espíritu santificado no es necesariamente lo mismo.

El hecho de que ningún modelo de actuación humana puede producir una persona santificada pone de manifiesto la soberanía de la obra santificadora del Espíritu. El elemento de la predestinación en el mensaje cristiano es una advertencia contra cualquier padrón que pretenda garantizar santificación. Aunque una enseñanza mantenga en claro que es la acción de Dios a través de su gracia quien produce el querer como el hacer en forma exclusiva, se puede volver sinergista por la manera como es aplicada en la vida. Toda intento por describir lo que entendemos por santificación y cómo lograrla, encierra en sí el peligro de reducir el misterio del acto divino. La puerta está abierta para el deseo humano de querer poseer a Dios – de “alcanzarlo” – de controlarlo.

La esperanza cristiana es de que Dios “que comenzó la buena obra (en nosotros) la perfeccionará” (Fil 1.6) Los programas o reglamentos para lograr la santificación dependen del progreso. El progreso, naturalmente, es necesario – mas no la **conciencia** del progreso. En verdad, la conciencia del progreso es la mayor amenaza al progreso, porque la humildad corresponde a la santificación, y la conciencia de progreso es un obstáculo para la humildad. Como una persona puede perder su humildad cuando la reivindica, así ella puede poner en peligro su progreso en la santificación cuando se vuelve consciente de él. El progreso en la santificación puede ser algo para creer (fe), no para ver (visión). El camino de la santificación se revela más en el momento crítico de la derrota que en la progresión gradual.

Hay una diferencia entre el tener hambre y sed de justicia y en el codiciarla. El ideal de justicia puede ser una especie de imagen del ego. El deseo de ser santo puede ser el deseo de pensar más favorablemente de sí mismo – esencialmente un deseo de la carne. El evangelio, entonces, es un obstáculo, porque recalca el perdón, y el perdón es algo tal que una persona tiene mayor interés en **no necesitar** que **recibir**. La imagen codiciada de integridad sea tal vez sea el intento de la carne de resistir a la cruz – de evitar su propia crucifixión.

Aquellos que codician la imagen de la bondad procuran un trazo característico de personalidad, y no su santificación. Esto puede ser muchas veces, el opuesto a una determinada debilidad que ellos identifican como despreciable. Tan grande es el desdén que el propio pecado casi es identificado con una debilidad particular. Esto distorsiona profundamente el entendimiento de pecado y de justicia.

El poder de la santificación surge de tomar en cuenta a Dios en nuestra vida. Teniendo en cuenta lo que él es y su accionar con el hombre ya no estaremos interesados en lo que podemos hacer sino en nuestras responsabilidades resultantes del pacto o alianza con Dios. La persona egocéntrica busca poder, aunque sea con buenos propósitos. En cambio, el compromiso pactual es estimulado por una respuesta de amor. En esto reside su poder creativo cuando el amor se expresa en la acción. La persona está consciente, no del poder, ni tampoco de la fe, sino de Dios y de su relación pactual para con él. De esta forma lo divino, es decir la oferta pactual de Dios, entra en lo humano a través de la interacción del amor, y santifica lo humano a través de ella. La respuesta de amor a una alianza de amor se expresa por medio de la adoración. Toda nuestra percepción sobre la santificación es inseparable de esta relación de amor de la criatura con su Creador. En este marco es donde se pueden desarrollar los frutos del espíritu pues están fuera del alcance de la ley (Gá. 5:22)

## CONCLUSIÓN

Nuestra era es caracterizada más por la “santificación” que por la “justificación”. Estamos más interesados en el progreso que en el perdón. Implicando un movimiento en dirección a una meta, el progreso está tranquilizando nuestra angustia por la falta de sentido.

Por el contrario, el periodo de la Reforma era una época de culpabilidad, y la justificación correspondía a la necesidad. Aunque orientados para la santificación, estamos menos capacitados para experimentarla. Si, como Paul Tillich afirma, “nada mayor le puede suceder a una persona que ser perdonada”, aquellos que en vez de eso prefieren fijarse en el progreso tal vez acaben con una mera ilusión de progreso.

La santificación es tan esquiva e impalpable como la humildad que la caracteriza. La humildad una vez identificada puede dejar de ser humilde. Como una anguila ella se escurre de nuestras manos justo en el momento que creemos tenerla. Nuestras intentos por ser humildes, lo mismo que describir la humildad, están sujetas a las caricaturas más que a cualquier otra cosa. Tan grande es este peligro que uno continuamente debe preguntarse a sí mismo, si esto no está también sucediendo con su entendimiento de la santificación. La humildad, que es esencial en la santificación también lo es en el entendimiento de ella. La humildad está en relación con el nivel de dependencia que tengamos de Dios y es, a su vez, está en relación con la concepción que tengamos de nosotros mismos y de Dios. La santificación en la vida del cristiano está más en relación con el creer que con el ver. Cuánto más necesitemos de Dios mayor acercamiento buscaremos y mayores posibilidades habrá de que, por medio de la Palabra y los sacramentos, Él pueda cumplir en nosotros tanto el querer como el hacer por su buena voluntad.

#### **Fuentes usadas y consultadas**

La Biblia R.V. 1960

Dinámica de la santificación. William E. Hulme

[\(Arriba\)](#)

[\(Arriba\)](#)

## ***Aproximación a la Teoría de la Culpa***

*(Prof. Ricardo Montalva)*

Hermanos en Cristo, la culpa es una de las preocupaciones importantes para el Cristiano, determinar su sentido y alcance es una tarea que debemos emprender para poder una visión más universal de nuestra conducta, comportamientos o actitudes frente a la vida.

En primer lugar definiremos que entendemos por culpa.

1. Negligencia, imprudencia o impericia que ocasiona a otro un daño injusto. Se diferencia del dolo en que falta la intención de dañar.

2. Falta de cumplimiento de los deberes morales o jurídicos a sabiendas o por imprudencia o negligencia.

3. Imputación o reproche de una acción voluntaria o involuntaria a una persona a efecto de una responsabilidad.

De las definiciones antes mencionadas, descubrimos que tiene una faceta externa y otras interna. En efecto, desde la perspectiva externa, la culpa es la relación causa efecto, en la realización de una conducta que provoca daño. Así, la Culpa en las Ciencias Jurídicas es lo que da motivo para exigir legalmente una responsabilidad Civil, Penal o Administrativa. En sede Penal es la conducta que produce sin intención de dañar, más sin proceder con la diligencia debida de causa un resultado dañoso y tipificado por la ley penal. La culpabilidad trata siempre de un hecho externo, singular y determinado de un hombre y no puede producirse sino después de concretizado un delito

En el campo del Derecho Civil, se contrapone al dolo. El sentido de la palabra se asocia a la negligencia y consiste en la omisión no dolosa de aquellas diligencias que exige la naturaleza de las obligaciones y corresponde a las circunstancias de las personas, del tiempo y del lugar. Mirado desde otra perspectiva es una falta de diligencia, es decir, no se cumple con el deber de previsión y el subsiguiente deber de evitación de los posibles impedimentos de la prestación o conducta debida.

Se acostumbra a clasificar la culpa en función de la diligencia omitida en tres grandes grupos: lata, leve y levísima.

La culpa lata es una grave falta de diligencia y/o omisión de las precauciones más elementales. Se equipara al dolo.

Culpa leve es la omisión de las diligencias normal, de las precauciones que suelen tomar las personas corrientes.

Culpa levísima es la omisión de diligencias propias de las personas escrupulosas

También la culpa desde un punto de vista social, responde a lo que se denomina el Reproche del ente social, a partir del incumplimiento de alguna norma de trato social, sea ésta del protocolo, de la urbanidad o del ceremonial en general.

Sin embargo, la culpa mirada desde la persona humana, tiene connotaciones especiales Desde la Psicología, la culpa es el nexos entre la mente del autor de un hecho y el hecho mismo. Ha de existir un juicio valórico del que juzga. Por de tras de nuestras tristezas y frustraciones, de nuestras insatisfacciones en la vida, de nuestros tedios y angustias, está un sentimiento, el más arraigado en nuestro comportamiento y responsable de grandes sufrimientos psicológicos, que es el sentimiento de culpa.

El sentimiento de culpa es una tristeza por algo o alguien que no fue como debería haber sido, es la tristeza por haber cometido algún error que no debería haber cometido. El centro del sentimiento de culpa son las palabras “No debería”. La culpa es la frustración por la distancia entre lo que somos y la imagen de como nosotros deberíamos haber sido. En ella radica la base de la auto tortura.

En la culpa nos dividimos en dos personas: una real pero errada, mala, y una ideal, buena y acertada y que tortura a la otra. Dentro de nosotros se produce un juzgamiento en que el Yo ideal, imaginario, es el Juez, y el Yo real, concreto, humano, es el Rey. Esta relación

llevada a la anormalidad produce neurosis: la auto tortura, el auto aborrecimiento, auto castigo, la auto sanción, la culpa.

La culpa es la tristeza por no ser perfecto, es la tristeza por no ser de Dios, por no ser infalibles; es una incapacidad de luchar con el error, con la imperfección. La culpa siempre se esconde atrás de las mascararas del auto perfeccionamiento como garantía de cambio. Pero esto no es correcto. Los errores de los cuales nos culpamos son aquellos que menos corregimos. La culpa lejos de proporcionarnos incentivos al crecimiento, nos hace gastar las energías en una lamentación interior por aquellos que ya ocurrió, en vez de gastarla en cosas nuevas, en acciones nuevas y en comportamientos nuevos. Por esto el sentimiento de culpa es considerado, desde la psicología, un sentimiento enfermizo.

Esta enfermedad psicológica, se funda en ciertas creencias falsas:

1-. La creencia en la posibilidad de la perfección. Quién cree que es posible ser perfecto, quien crea que está en el mundo para ser perfecto, quien crea que deba buscar en su vida la perfección, vivirá seguramente atormentado por el sentimiento de culpa. La perspectiva perfeccionista de la vida es un producto de nuestra fantasía, es un concepto alienado de que no es posible no errar, no equivocarse, que es posible vivir sin cometer errores. Estas personas se vuelven irreales, porque errar es humano, entonces se torturarán a sí mismo y a otros por no corresponder a un ideal.

2-. El creer que hay una relación necesaria entre el error y la culpa. Es la vinculación automática entre el error y la culpa. Su culpa es fruto de errores, que no hay culpa sin error. Esta vinculación causal es falsa, porque la culpa no corrige el error. Una cosa es el error y otra es la culpa. El error es un modo de hacer algo diferente, fuera de algún padrón, fuera de un modelo determinado. La culpa es un sentimiento, viene de nosotros, viene de la creencia que es equivocado errar, que debemos ser castigados por las faltas cometidas. Creencias que por cada error debe corresponder necesariamente un castigo. Nos olvidamos que crecemos a través de las equivocaciones.

¿Cómo avanzar en relación con este sentimiento, cómo arrancar este hábito de deprimirse con los errores cometidos?.

Solamente una palabra tiene esta magia, la palabra: Perdón.

El perdón es una palabra perdida en nuestras vidas, más aún el auto perdonarse. Si la culpa es la vergüenza de la caída, el auto perdón es el eslabón entre la caída y levantarse de nuevo. Debemos auto perdonarnos de nuestros errores cometidos, por no ser perfectos, por no ser omnipotentes, por no ser omnipresentes, por no ser omniscientes, yo me perdono por..... Primero el perdón es a nosotros mismos, es personal e intransferible.

El perdón a los otros es apenas un modo de decirles a los otros que ya nos perdonamos, que ya nos hemos restablecido en nuestra propia unidad, que ya paso lo que la culpa dividió, que ya no tiene sentido vivir sin un encuentro amoroso consigo mismo y con los demás.

[\(Arriba\)](#)



# *La Culpa desde la perspectiva Teológica Luterana*

*( Rolando Holtz, PhD, pastor )*

## **TENEMOS RESPONSABILIDAD: EL PROBLEMA DE LA LIBERTAD**

Un amplio campo se nos abre: “Dios puso al hombre en el jardín para que lo cultivara y lo cuidara” (Gen.2,15). A partir de esto podemos hacer magníficos planes, llenos de esperanza y responsabilidad en el ámbito del hombre, de su vida en común con toda la humanidad; podemos fantasear e idear un hermoso y liberador cuadro de lo que podría ser el mundo todo en cada uno de sus reinos –vegetal, animal y mineral- coronado con la presencia autorizada del hombre para cuidarlo.

Las ciudades humanas estarían llenas de consideraciones para los incapacitados y para los niños y ancianos; con amplias zonas verdes, llenas de cristalinas y salpicantes aguas que irían a desembocar a un limpio e incontaminado océano. Los autos pulularían sin contaminación alguna ni de gases ni de ruidos; jamás habría un accidente automovilístico y nadie tendría ninguna preocupación al cruzar las calles, puesto que estarían seguros que nada les pasaría. Las familias todas vivirían sin violencia y plenas de armonía; las fábricas estarían construidas de tal manera que no dañarían el medioambiente ni ensuciarían el aire con esmog. Todo el sistema de salud, de educación, de construcción, de economía y finanzas, tránsito, y mercado laboral estaría organizado de tal manera que todos nos beneficiaríamos ciento por ciento y estaríamos completamente felices con el sistema: Por fin un estado humano, un cuadro paradisíaco.

¿Por qué no pudimos cultivar y cuidar el mundo? ¿Qué nos impide realizar nuestro plan de un hermoso y pacífico mundo? ¿Por qué lo que hacemos con el mundo está siempre limitado en nuestros deseos, esperanzas y objetivos?

## **EXPULSAMOS LA RESPONSABILIDAD O EL PROBLEMA DE LA MANZANA**

Cuando nuestro plan ya está listo vienen unos y dicen que los ingresos económicos limitan las posibilidades financieras, bloquean las subvenciones, las industrias necesitan organizarse racionalmente para poder velar por sus propios intereses y sobrevivir en el mercado. Por todos lados encontramos culpas que diluyen nuestros planes. Arquitectos que construyen con asfalto u otros elementos cancerígenos, que no usan los materiales apropiados y, al poco tiempo, las casas tienen daños estructurales, etc. ... etc. ... Todos nos lamentamos

de los que están sobre nosotros en autoridad, los directorios, el gobierno, el parlamento, las leyes promulgadas. Todos ellos silencian nuestras voces. ¿Pertenece a este grupo de descontentos o al grupo que disculpa a quienes sabotean nuestros planes en aras del progreso y el desarrollo? En todo caso cualquiera sea al grupo que pertenezcamos nos autopercebimos como las víctimas de una ofrenda, aunque la vivimos sin sentimientos de dificultad y culpa. Sencillamente, lo vivimos como una realidad. Nos sentimos con derecho a reclamar, pues evidentemente tenemos razón en ello. Sea cualquiera nuestra posición escondemos todo bajo el concepto de sociedad, así como Adán y Eva lo hicieron debajo de la serpiente. Los culpables son siempre los otros, siempre la sociedad, cuya esencia es llevarnos allí donde no queremos ir. Ya sea como choferes cuando conducimos el auto, ya sea como constructores cuando edificamos una vivienda. Nuestros intereses no se subordinan a los intereses de la sociedad y establecemos nuestras propias leyes que nos benefician y justifican. Nuestras propias acciones se constituirán en un poder extraño en contra de nosotros mismos que nos dominará. Sin embargo, todos nosotros, empleados o empleadores, padres o madres, colegas o adversarios, no dependemos ni de los hechos que hacemos ni de los que omitimos; nosotros jugamos nuestra responsabilidad en nuestra inclinación a la pérdida de nuestra libertad *“Oyeron después la voz del Señor que se paseaba por el jardín a la hora de la brisa de la tarde. El hombre y su mujer se escondieron entre los árboles del jardín para que Dios no los viera.” ( Gen. 3,8 )* Somos atraídos por nuestros impulsos biológicos acerca de los cuales no podemos hacer mucho; nos atrincheramos detrás de nuestra condición biológica refleja como ratas; como alguien dijo “Al lado del ser imágenes de Dios está el ser imágenes de rata”. Obviamente, la evolución biológica no nos da pistas a cerca de la pregunta: ¿Qué es el hombre?. A lo sumo nos señalan etapas de un recorrido desde formas elementales de la vida biológica a otras más desarrolladas.

Otro reducto en el que nos escondemos para no asumir nuestra responsabilidad es nuestra enseñanza y lo que ocurre en nuestra época. Somos hijos de la época se suele decir. Tampoco nuestra condición social o familiar nos da una respuesta básica ante la pregunta Qué es el hombre. A lo sumo nos muestra las influencias que el medio puede tener en nosotros. Cuando ya no tenemos más techo donde escondernos corremos a los matorrales del destino, de lo desconocido. Quizás le llamamos “ X “ o quizás “ Dios “.

Todas estas escondites y excusas están cerradas. Tienen, sin embargo, algo de verdad. Pero, en medio de los matorrales escuchamos la voz de Dios: “Adán, ¿dónde estás?” (Gén. 3,9). **Responsabilidad** significa dar **respuesta** a su llamada.

La miseria de nuestro plan para el mundo es también la miseria de nuestro propio corazón. Este corazón se refleja en la sociedad: Así como somos los hombres, así son las sociedades. Hombres carentes de amor, producen sociedades, naciones, países carentes de amor. Tendemos a juzgar a los demás y expulsar nuestra propia culpa. Este cuadro de expulsar la culpa y acusar a otros es tan viejo como el hombre mismo. También en la sabia, psicológica y significativa historia de la “llamada manzana” está narrada: Adán no responde a Dios: Sí, yo me comí el fruto, sino que estira el cuello, mira al lado y dice: la mujer que me diste por pareja, ella me la dio. Eva no respondió: Sí, yo se la di, sino que responde culpando a la serpiente. La mujer, la serpiente, los otros, los de arriba, el gobierno, el parlamento, la época, cualquier cosa se nos ocurre cuando sabemos que somos responsables y ponemos un muro de cemento entre nosotros y la voz de Dios. “ La mujer que pusiste a mi lado me dio del árbol y comí” ( Gén. 3, 12 ) Es lo que nuestros teólogos llaman “pecado original” que fue

consecuencia de la trasgresión de Adán y que es inherente a todos sus descendientes; esta corrupción se transmite mediante el proceso común de generación.<sup>1</sup>

En efecto, todos los seres humanos nos hallamos en la misma culpa, cristianos o no. “Las Sagradas escrituras testifican que el pecado original es un mal execrable y una corrupción tan completa en la naturaleza humana que no resta nada puro o bueno en ella ni en todas sus facultades internas o externas, sino que todo es corrupto...”<sup>2</sup> Algunos teólogos hacen una distinción en el pecado cometido por Adán y Eva, de manera que este tiene una culpa que es imputada, no solamente a ellos, sino que a todos sus descendientes, que es llamado culpa hereditaria y también ese pecado lleva consigo la corrupción de toda la naturaleza humana, a la que llaman depravación humana.<sup>3</sup>

## ***PERDEMOS LA COMUNIÓN O EL PARAÍSO PERDIDO***

Acusamos a otros y no nos damos cuenta de cuán solos nos quedamos con ello. En la búsqueda del culpable nos quedamos pegados en nuestros propios prejuicios, así como la serpiente en su asecho al conejo. Cada uno de nosotros planifica y construye su mundo de acuerdo a sus propios deseos egoístas. Así construimos un caos de cemento como en los tiempos de Babel ( Gen. 11, 1-9 ). Ya no podemos entendernos en cuanto a nuestros objetivos; en definitiva, ya no podemos entendernos: “Pues bien, bajemos y confundamos ahí mismo su lengua de modo que no se entiendan los unos a los otros” ( Gén. 11, 7 ). Edificamos nuestro búnquer de cemento armado a costa de la comunidad. Planificamos en nuestra ciudad las viviendas más confortables para vivir de la mejor manera posible, nos encerramos en ellas como en un ataúd ya no nos damos cuenta cuando alguien cercano a nosotros ha muerto. Cada uno planifica solo para sí. Lo que brota de ello es soledad. Un verdadero círculo demoníaco. Los propios intereses nos llevan a la pérdida de la comunión, el encapsularnos nos produce miedo, el miedo nos lleva a ser hostiles con los otros, el cual nos robustece nuestra terquedad en la búsqueda de nuestros propios intereses, y así se repite el círculo. Incluso en las viviendas más abiertas permanecen junto a corazones estrechos las puertas para el vecino cerradas. Solo es posible el contacto a través de las cerraduras. Para ellos nos ayudan las noticias reveladoras de lo que ocurre en la ciudad. Nos escondemos unos de otros. ( Gén. 3, 8-10 ) Tenemos miedo de ser nosotros mismos.( Gén, 3, 7 ). Nos espiamos suspicaces unos a otros a través de las cerraduras y cuchicheamos acerca de los demás. Estas mismas conductas las traemos sobre las espaldas de los niños, ya que no nos hablamos ya más, nos escandalizamos de lo mal educados que son los hijos del vecino . Porque nos escondemos en nuestras casas, no podemos tener más comunión unos con otros ni podemos ser nosotros mismos. Solamente quien se ama a sí mismo no puede irradiar amor. El distanciamiento grita a voces.

## **YA NO PODEMOS VOLVER ATRÁS: LA MENTIURA ACERCA DE LA SANIDAD DEL MUNDO**

Solamente cuando los ya nombrados problemas de planificación fueran eliminados, podemos establecer la pregunta si nosotros encontramos a personas que sean capaces de realizar planes llenos de responsabilidad y de tomar las decisiones adecuadas para llevarlas a la práctica. Alguien escribió sobre nuestras ciudades : “Uno se sorprende que alguna vez estas

---

<sup>1</sup> Juan T. Müller, “Doctrina Cristiana”, Ed. Concordia, Missouri, 1948, pp. 142 – 143.

<sup>2</sup> Decl. Sol. I, 60

<sup>3</sup> Edward Koehler, “Compendio de la Doctrina Cristiana”, Ed. Concordia Missouri, 1993, pp. 98 –102.

babeles del mundo moderno fueron diseñadas para que habitaran seres humanos. Para hacerlo no bastaría derribar todas las deplorables construcciones o de dar los medios para que ya nadie pidiera limosna; uno debería mostrar a un nuevo hombre, derramar un nuevo espíritu, nueva sangre . Nadie puede construir una sociedad modelo si no tiene un modelo de hombre. ¿De dónde recibiremos este modelo?” Todas las más famosas ciudades del mundo han tenido en sí el germen de la autodestrucción. El verdadero enemigo es el enemigo en sí mismo”. Uno de los más connotados psicoanalistas actuales, que no es cristiano, Mitscherlich, dice : “Toda planificación no tiene que tener la ambición de crear el hombre ideal a través de las casas o de los diseños de las ciudades. Al contrario, tal hombre puede encontrar el valor de quebrar cada tabú que una real nueva configuración, en la gigantesca ciudad del mundo, le traiga.” También para él el problema es : ¿De dónde sacar a tal hombre ideal? El paraíso está perdido. Está prohibida la entrada “ “Habiendo expulsado al hombre, puso querubines al oriente del jardín del Edén y también un remolino que disparaba rayos para guardar el camino hacia el árbol de la vida” (Gén, 3, 24): De esta experiencia sabe el hombre desde siempre. Siempre nos encontramos al otro lado del Edén: Este es el significado del concepto de Pecado Original . Es nuestra condición trágica, el Pathos Trágico sobre el cual la moderna ética protestante trata de describir el conflicto insoluble de los cristianos en el mundo y con el cual reivindicar la expresión de una realidad última.<sup>4</sup>

Podemos reprimir estos hechos por todos los medios y anhelar románticamente un mundo perfecto . No podemos ir al pasado : el paraíso está cerrado para nosotros. Nos damos cuenta de ello especialmente en situaciones en las que somos culpables, sea como sea que hayamos decidido, incluso cuando ha sido por amor. . El anhelo hacia algo perdido permanece. Lo trágico es que ya no podemos encontrarlo. ¿Cómo obtener entonces el nuevo hombre? El hombre tal como existe no es aquello que es esencialmente o lo que debería ser; está alienado de su verdadero ser. La profundidad del término alienación radica en la implicancia de que pertenece esencialmente a aquello de que estamos separados<sup>5</sup> Alienación no es un término bíblico, sin embargo, está implícito en la mayoría de las descripciones bíblicas de las condiciones del ser humano. Está implícito en la expulsión del paraíso, en la hostilidad entre hombre y naturaleza, en la hostilidad mortal entre hermano y hermano, en el distanciamiento de una nación en relación otra en la confusión de lenguas, en las quejas de los profetas contra sus reyes o contra el pueblo que se volvió a adorar a dioses extraños. Con todo la palabra pecado sigue siendo importante en mantenerla en teología en cuanto pecado expresa de una manera más personal el concepto de alienación que en su aspecto trágico. Expresa libertad personal y culpa en contraste con la culpa trágica y con el destino universal de alienación. a saber, el acto personal de apartarse de aquello a lo cual pertenecemos<sup>6</sup>

## **DIOS NOS ACEPTA INCONDICIONALMENTE O LA VIDA PUEDE EMPEZAR OTRA VEZ**

La miseria de nuestro diseño de ciudad revela nuestra propia miseria. Nuestro inútil anhelo por el paraíso y nuestra inclinación por la irresponsabilidad son síntomas de nuestra profunda distancia en germen de nuestros pensamientos , vida y conducta. Ya no podemos alcanzar el paraíso, aunque Dios mismo nos puso ahí. “Tú nos hiciste para ti y nuestro corazón está intranquilo hasta que descansa en ti” (San Agustín ). Esta paz , este nuevo hombre no podemos producirlo nosotros mismos. Esta nueva realidad no puede ser fruto de la

---

<sup>4</sup> Dietrich Bonhoeffer, *Ética*, Ed. Sinodal, San Leopoldo, Brasil, 1995, p. 129

<sup>5</sup> Paul Tillich, “*Teología Sistemática*”, Ed. Sinoda, San Leopoldo, Brasil p. 278.

<sup>6</sup> Paul Tillich, *Op. Cit.* P. 279

fuerza de nuestra voluntad. Solamente podemos intentar conocer que Dios nos amó primero, que él nos ha dicho. “ Sí”..

Independientemente de nuestras cargas de la sociedad, nuestros planes, nuestras proyecciones de responsabilidad, podemos escuchar la voz de Dios en nuestros escondites: “Adán, ¿dónde estás?” (Gén. 3, 9).. Somos aceptados incondicionalmente Incluso un Caín no fue rechazado (Gén. 4, 15) “El Señor dijo: Me vengaré siete veces de quien mate a Caín”. Dios nos quiere regalar una nueva confianza, un nuevo espíritu.

## **RESPONSABILIDAD CON UNA NUEVA BASE: LOS CRISTIANOS ESTAMOS SOBRIOS.**

La responsabilidad la tomamos en serio. El proyectar nuestras culpas en otros se ha interrumpido. La convivencia es posible. Pero no nos engañemos : el paraíso está perdido. Expulsamos otra vez la responsabilidad. No obstante debemos empezar siempre de nuevo. Podemos forjar numerosos planes llenos de responsabilidad, pero no estamos llamados a edificar torres gigantescas, sino simplemente, sin vanagloria y sueños utópicos, que nuestras debilidades conocen, más humanas. No trabajamos para un nuevo mundo, sino para condiciones mejores de vida y de estructuras en este viejo mundo. En nuestras fallas debemos decirnos : Sí. No es lo esencial de la tragedia humana el conflicto de la culpa, sino simplemente la vida emanada de la reconciliación, no es el destino, sino el Evangelio como última realidad de la vida, no es el triunfo cruel de los dioses sobre el ser humano que perece, sino la elección del ser humano para ser Hijo de Dios en un mundo reconciliado por la gracia.<sup>7</sup>

De lo que fue dicho, deducimos que la disposición de asumir la culpa así como la libertad son partes fundamentales de la estructura de la acción responsable. Si nos fijamos en el origen de la responsabilidad queda claro que debe entenderse sobre la expresión: asumir culpa. Como para Jesús no se trata de proclamar y realizar nuevos ideales éticos, sino del amor a todo ser humano real, él se integra en la comunión de su culpa, asumir su culpa. Jesús no quiere ser el único perfecto en relación a todos los demás seres humanos, no quiere, como único inocente, mirar con desdén a los demás que han sucumbido por el peso de su culpa, no pretende hacer triunfar alguna idea de un ser humano mejor sobre los destrozos de la humanidad fracasada por causa de su propia culpa. El no quiere inocentarse de la culpa, debido a la cual los seres humanos mueren. Un amor que abandonase al ser humano en su culpa no tendría como objeto al ser humano real. La cualidad de Jesús de encontrar responsablemente la existencia histórica de los seres humanos hace que Jesús se haga a sí mismo culpable. A partir de su abnegado amor, de su no pecaminosidad, Jesús irrumpe la culpa humana y la asume. En Jesús estar sin pecado y cargar culpa se une en forma insoluble. Como aquel que no tiene pecado , Jesús asume la culpa de los hermanos y bajo el peso de esta culpa se revela como quien no tiene pecado. Toda acción representativa de la responsabilidad tiene su origen en Jesús : Cristo culpado sin pecado. No se exime de la comunión en la culpa de los seres humanos.<sup>8</sup>

A pesar de las fallas y distanciamientos, no estamos condenados a abandonarnos al diabólico círculo de nuestras acciones negativas, sino que debemos avanzar , de acuerdo a la

---

<sup>7</sup> Dietrich Bonhoeffer, Op. Cit. P.129

<sup>8</sup> Dietrich Bonhoeffer, Op. Cit. 134

promesa de Dios, a lo nuevo.<sup>9</sup> Todo aquel que actúa con responsabilidad se vuelve culpable, porque Jesús asumió la culpa de todos los seres humanos. Quien en su irresponsabilidad quiere eximirse de la culpa, se desliga también del misterio salvífico de la inocente culpabilidad de Jesús y no tiene parte de la justificación divina que envuelve este acontecimiento. Coloca su inocencia personal encima de la responsabilidad de los otros y está ciego de la culpa más funesta que con ello llama sobre sí, ciego también para el hecho de que la verdadera inocencia consiste en entrar en comunión de la culpa por amor de sus semejantes. Por Jesús toma parte en la esencia de la acción responsable que hace que el inocente se torne culpado por su amor abnegado a todos nosotros.<sup>10</sup> La conducta humana nunca ocurre sin pecado, en contraste esencial con la impecabilidad de Jesucristo, ya que está envenenada por el pecado original, sin embargo, participa indirectamente como acción responsable, distinguiéndose de toda acción emanada de principios y autojustificante, en la medida en que participa de la acción de Jesucristo.<sup>11</sup>

A veces el concepto de culpa se relaciona con el de salvación. Así, la salvación era para la Iglesia Griega de la muerte y el error; para la Iglesia de Roma, salvación era de la culpa y de sus consecuencias tanto para esta vida como para la otra; para el protestantismo clásico, salvación era salvación de la ley, de su poder acusador de su ansiedad y condenación; en el protestantismo liberal, la salvación era la conquista de una perfección moral; para el espiritualismo evangélico salvación es la conquista de un estado de impecabilidad debido a la conversión y transformación interior<sup>12</sup> Con todo, debido a la condición de alienación, la ansiedad tiene un carácter fuerte frente a la muerte, debido a la culpa, porque sentimos la pérdida de nuestra potencial eternidad como algo de lo que somos responsables, a pesar de nuestra realidad alienante trágica.<sup>13</sup> Ese sentimiento es la culpa, la que está relacionada con un sentimiento de **responsabilidad**. ¿Cómo **responder** a Dios?

<sup>1</sup> Juan T. Müller, “Doctrina Cristiana”, Ed. Concordia, Missouri, 1948, pp. 142 – 143.

<sup>2</sup> Decl. Sol. I, 60

<sup>3</sup> Edward Koehler, “Compendio de la Doctrina Cristiana”, Ed. Concordia Missouri, 1993, pp. 98 –102.

<sup>4</sup> Dietrich Bonhoeffer, *Ética*, Ed. Sinodal, San Leopoldo, Brasil, 1995, p. 129

<sup>5</sup> Paul Tillich, “Teología Sistemática”, Ed. Sinoda, San Leopoldo, Brasil p. 278.

<sup>6</sup> Paul Tillich, *Op. Cit.* P. 279

<sup>7</sup> Dietrich Bonhoeffer, *Op. Cit.* P.129

<sup>8</sup> Dietrich Bonhoeffer, *Op. Cit.* 134

<sup>9</sup> Helmut Thielicke, “Sünde, Schuld, Entfremdung... Die Lüge von der Heilen Welt”, Eine Folge von Briefen, N° 6, Hamburg, .

<sup>10</sup> Bonhoeffer, *Op. Cit.* P. 134.

<sup>11</sup> Bonhoeffer, *Op. Cit.* P. 136

<sup>12</sup> Paul Tillich, *Op. Cit.* P. 372

<sup>13</sup> Paul Tillich, *Op. Cit.* P. 296

[\(Arriba\)](#)

---

<sup>9</sup> Helmut Thielicke, “Sünde, Schuld, Entfremdung... Die Lüge von der Heilen Welt”, Eine Folge von Briefen, N° 6, Hamburg, .

<sup>10</sup> Bonhoeffer, *Op. Cit.* P. 134.

<sup>11</sup> Bonhoeffer, *Op. Cit.* P. 136

<sup>12</sup> Paul Tillich, *Op. Cit.* P. 372

<sup>13</sup> Paul Tillich, *Op. Cit.* P. 296